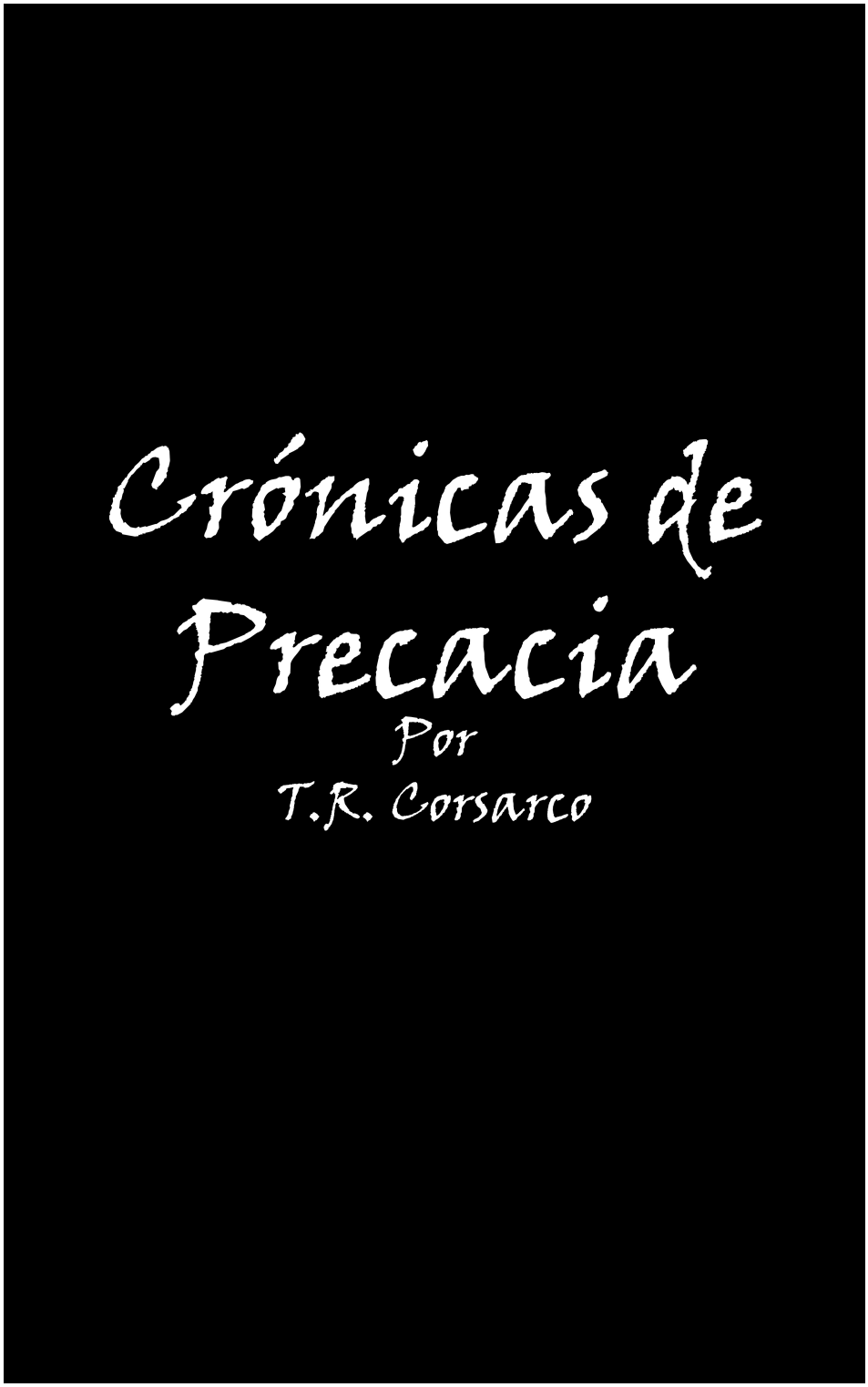
Crónicas de Precacia

Tobias Raul Corsarco Gómez



Capítulo 1

Hay lentitud en los movimientos de Ana cuando su cintura sube y baja. El pene erecto de Venustiano es devorado por la vagina de Ana. El látex brilla ante la luz de la lámpara del motel. Venustiano sostiene la cintura de la chica. Dura. Gruesa. Igual que su pito.

-Lento, preciosa, lento - se saborea la frase más como una orden.

Ana tiene cerrados los ojos. No mira nada. Su espalda se contorsiona como un arco. Trata de que el ritmo de la subida y bajada de su cadera disminuya, tal cual lo pide Venustiano. Una sola palabra no emite ella, no quiere, no lo necesita; la velocidad apaciguada del coito ha respondido en su lugar.

-Eso es - dice Venustiano. Los mesurados pechos de Ana acobijan de pronto el rostro de blanco y con vello facial de Venustiano, quien cierra los ojos en reflejo de un aroma hermoso a vainilla impregnado en Ana y en su ser.

Ella gime. Cada sonido que hace es suave.

Venustiano también prefiere estar callado de momento. Sólo inhala con mayor rudeza la excelencia entre los tiernos pechos de Ana. Le fascina y complementa. La presión de la verga recorre con mayor rapidez cada centímetro de carne. La vainilla inhalada como cocaína ayuda que la sensación se prolongue y llegue hasta niveles que sólo Venustiano entiende, aquellas sensaciones que hacen que al oler la vainilla lejos de Ana aún le recuerde a ella y sienta que comparte algo.

Ella gime más. Un poco más fuerte. Ya casi. Ambos lo sienten cerca.

La vagina eyacula. El pene vomita dentro del látex.

Ella finalmente habla.

-Putísima madre - dice mientras baja la cabeza y contempla al vampiro.

Se recuesta a su lado. Él la abraza.

-Dios, duraste más que otras veces.

-Gracias, preciosa - dice Venustiano tirando el condón dentro de un bote junto a la cama. - Tíu estuviste maravillosa como de costumbre. No mames, aún tengo hinchado el pito.

Ella ríe.

-¿Qué número soy? - pregunta ella.

Venustiano la mira. La pregunta fue tan clara como confusa.

-¿Disculpa?

-¿Qué número soy?

-No te entiendo, Ana.

-Él número de chica con la que cogiste hoy.

Venustiano prefiere quedarse callado de momento. No le avergûenza la pregunta, pero no la esperaba.

-Cuatro - dice sin titubeo en la voz - Chica cuatro. Pero la mejor, por cierto. Siempre uso protección. No te preocupes por eso.

Ella opta por volver a reír. No es una risa fingida.

-Nunca soy la primera con la que coges, ¿cierto? - pregunta ella. Cierta malicia. Cierto coqueteo.

Venustiano la mira. Duda. Prefiere dudar. Nunca le había preguntado eso. Nunca había sido tan directa. Lo es ahora y eso es raro. Sabe que es raro. Ella lo sabe también. ¿Lo preguntará por eso? Temas nunca tratados antes. Esta noche era diferente y ameritaba tratarlos. ¿Por qué?

-No, nunca eres la primera - siente ansiedad. Muy poca pero que ahí está. - Pero siempre eres la mejor. ¿Por qué preguntas?

-Curiosidad - Ana se levanta.

Venustiano ve nuevamente una silueta fina, vestida de desnudez caucásica con unas cuantas pecas decorando la espalda que se parte en la forma de un reloj de arena. Puede ver los gluteos pequeños pero firmes que muerde siempre antes de penetrar. Aquella figura cenceña que adora. Ella juega con su pelo, finge que se lo arregla. Siempre lo hace. Presumir algo a lo que Venustiano es esclavo. Un vampiro es esclavo de una humana. Eso es raro.

-Coges con cuatro chicas mínimo, ¿eh?

-Sí estoy de humor pueden ser más, pueden ser menos.

-Claro que sí.

-¿Qué hay de ti?

-¿Qué dices?

-¿Qué número soy?

Una sonrisa sustituye a una respuesta. No va a quedarse callada. Venustiano sabe eso.

-Eres el cuatro también, creo.

-¿Crees?

Silencio. Sonrisas.

-¿Con cuántos vampiros te has acostado aparte de mí?

-No muchos. Dos o tres. - lo mira. Emite deseo. - Pero siempre eres el mejor.

-¿Así que lo soy?

Venustiano se recuesta; le da la mirada al techo. Sus colmillos amarillentos sonríen.

Ana comienza a vestirse con una blusa verde brillante, luego sus bragas negras que lucen encaja ascienden y cubren sus glúteos. El vampiro abre el cajón a su lado. Sostiene una cajetilla roja. Sustrae una pequeña tableta ovalada y decorada de un naranja pálido. Desaparece al llevársela a la boca.

Ella lo mira. Le resulta divertido.

-¿Sigues con tu mamada de las vitaminas?

-No es mamada. Lo necesito.

-¿Algún doctor te las recomendó?

-No, pero quiero tomarlas, ¿ok? Con eso de que las defensas del cuerpo bajan luego de tener sexo no quiero enfermarme.

Ana tuerce la boca. Empequeñece un ojo. Ya no sabe qué tan divertido es realmente.

-¿Dónde leíste esa pendejada?

Venustiano sigue recostado. Habla con Ana aunque contempla al techo.

-Internet - responde, mientras ingiere otro "naranja pálido".

-¿Es la segunda que te tomas?

-Cuarta. Me tomé dos antes de cogerte.

Ella congela una sonrisa en el aire escaso de buena luz. Sus manos descansan en la cintura.

-¿Sabías que el cuerpo se acostumbra a las chingaderas que le metas? En cualquier momento te va a dejar de hacer efecto.

-Lo sé. Las cambiaré luego.

Ana avanza a la puerta. Se detiene.

-El cuerpo se acostumbra a todo. Por ende cualquier cosa puede dejar de hacer efecto pronto. Los que consumen mariguana corren riesgo de empezar a consumir cocaína. Los que torturan animales en cualquier momento se cansan y comienzan a lastimar personas.

Venustiano ya ha apartado la vista del techo. Sus ojos están adheridos a Ana.

-¿Eso qué carajo tiene que ver?

Ana estira hacia atrás la cabeza, tratando de contener una expresión de burla.

-Si coges tanto como dices, deberías de tener cuidado. Podrías aburrirte. - Recuesta su cabeza sobre la puerta - Aburrirte y dejar de sentir algo por las mujeres, ¿no crees?

Sin respuesta y en silencio. Venustiano se incorpora, y no piensa reírse en un rato. Lo dice su cara.

-¿Aburrirme? ¿Y luego qué?

-¿Quién sabe? Podrías volverte joto. - El puño derecho de Ana sostiene un falo de aire. La lengua empuja la mejilla mientras el hipotético pito (posiblemente negro) es sorbido por su boca. Atrás adelante, atrás adelante.

Mudo. No dice nada. Si lo analiza con detenimiento, jamás se le había ocurrido.

-Tanta vagina puede llegar a cansar, ¿no crees?

Titubea. Esa es su única respuesta. Parece que se encasquilló su lengua.

-Jaja. Relájate, Venni. Sólo bromeo. Te cuidas.

Ella sale del cuarto.

Capítulo 2

El sol arriba. La luz ha venido. Precacia nace. Venustiano parece muerto.

Está recostado en un sofá ajado rojo y opáco. Apenas abre los ojos, la existencia misma es como una resaca adquirida con cantidades bíblicas de tequila. Odia sentirse así cada vez que el sol está en el cielo. Esperaba que la luna saliera pronto.

Venustiano tiene todas las cortinas de su apartamento sardinero cerradas. Sería peor si abriera.

La luz lucha por ser parte del mobiliario. Venustiano siente sus ojeras con los dedos. Se restregaría la cara si tuviera la fuerza para hacerlo. Lentitud involuntaria y orgánica aturde sus articulaciones alérgicas al sol del maldito planeta.

-Me lleva la verga - dice para sí mismo.

Aplasta sus omóplatos contra sí mismos. Frunce la cara al hacerlo y contiene un gemido que casi se le sale entre dientes. Tuerce el cuello. Una vez a la derecha. Una vez a la izquierda. No se siente mejor. Sigue entumecido y le causa dolor. Estaría así por unas horas, al menos hasta que empiece a atardecer.

Una letrina sería más grande que su cocina, donde reposa una estufa de escasas pulgadas y un freezer.

Saca de un cajón unas pastillas que se forman en filas de seis, pintadas de rojo y acobijadas por una manta de aluminio brillante y plástico. Saca una y se la lleva a la boca. Directo a la garganta. Saca un frasco blanco más grande que una lata de cerveza. Se toma dos pastillas extraídas del recipiente.

Vitaminas. Eran necesarias para el funcionamiento de su cuerpo. ¿Lo eran? Podría ser que no. Ir con un doctor estaría bien, uno que lo confirme. Sería peor si tuviera que decirle que necesita medicamentos reales y no un intento de placebos. Las medicinas para vampiros eran caras, más que las medicinas costosas de los humanos. Tanto mal en el aire y en cada milímetro del ambiente moderno que ni los vampiros estaban a salvo de enfermedades peligrosas.

Toma una tableta de una cajita de cartón color negro. Energizantes. A los estómagos de los simples mortales les podía causar diarrea o incluso una úlcera con sólo tomar una. Para los de su especie, era tan importante como la gasolina en las entrañas de un automóvil.

Abre el freezer, el cual no puede presumir de portar tanto. Cuatro botellas de sangre literalmente fresca, sólida y espesa. Sustrae una. Un litro presume la etiqueta de la botella, que llevaba agua antes que mierda de las venas humanas.

Bebe. Aquella miel escarlata impregnaba hierro en su lengua y paladar. Recorre la garganta sin prisas y permite que ésta luche un poco con la dureza de la sangre que llega a su estómago. Guarda la botella liquidada por la mitad. Cierra el freezer y contempla una bolsa con pan blanco ya viejo.

Comió tres rebanadas y una manzana de cáscara amarilla.

Levanta pesas de cinco kilogramos. Una en cada mano, acompasada con el movimiento de la otra, suben y bajan, prendiendo en llamas cada fibra de los brazos de Venustiano. Haría cien repeticiones. Llevaba veinte apenas. Luego haría lagartijas. Unas cuarenta bastarían. Abdominales, un número par ¿cien también? Trabajaría su pecho. Le agradaba la idea. Hizo todo en casi hora y media. Sogas invisibles aprietan los pectorales cuando suelta las mancuernas.

Ve la hora en su reloj de muñeca digital. La mañana moría. Diez minutos para su sentencia.

Piensa en Mauricio. No tiene horario para mandarle las cosas pero siempre prefiere que sea antes de que anochezca. Saca su celular sensible a las yemas. Activa la cámara, la cual lo enfoca. Sigue pensando en Mauricio y en cómo le pidió que fuera un poco más imaginativo la siguiente vez que le mandara algo. Desgraciadamente, la billetera de ese puto era obesa y sus cuentas bancarias rebosaban en colesterol. Quizá exagerara.

Permite a la cámara contemplarlo. Lo exhibe en la pantalla brillante, la cual puede ver a través de su inseguridad como Venustiano piensa en lo que podría gustarle a aquel idiota. Lo piensa poco y duda respecto a ello.

Lanza un suspiro. Apaga el celular. Mira al techo para que las neuronas sean más imaginativas.

Se muestra ante la cámara nuevamente. Entrecierra los ojos como aquel que desea con intensidad el corazón de una mujer. Se acaricia el pecho, usando sus dedos como baquetas moviéndose al ritmo de la delicadeza. Un círculo es dibujado por la yema del indice derecho entre los pectorales mientras sonríe burlonamente ante el lente. Piensa que debe verse tan marica como sea posible. Afeminado. No demasiado o de lo contrario parecería una mujer.

Sucio. Funciona. Su lengua recorre los labios. Juguetea los colmillos carentes de color blanco.

La palma recorre el acero de su abdomen y trata de asemejar con tanta fidelidad como le es posible el movimiento de quien se llena con aceite. Sonríe. Se muerde un labio. Permite que sangre. Un hilillo rojo cosquillea su barbilla.

Los dedos descienden hasta la bragueta y prometen liberar su pene, el cual no se siente cómodo.

Las tetas vienen a su cabeza. Trata de mantenerlas tan fijas ahí como puede. ¿Grandes o chiquitas? ¿En cuáles estaría bien pensar? Opta por las grandes y caucásicas, con un precioso punto rosado en el centro, un punto pequeño y maleable.

Cualquier flaccidez que mostrara su pito la ha borrado. Sostiene un falo circuncidado que se ha transformado en el mango de un hacha de combate. Lo masajea suave para que ese maricón goce. Lo hace por unos diez minutos.

Eyacula en el suelo. Detiene la filmación.

Capítulo 3

Mandó los videos. Ya estaban en el email de Mauricio. Pasaba el mediodía pero ya no importaba.

Mauricio manda un mensaje. Venustiano siente un poco de náuseas al leerlo.

ES GENIAL!!!! LO ADORO.
TU VERGA SE VE CHINGONA.
TE DEPOSITARÉ EL DINERO EN LA NOCHE.

-Confío en que sí, Mauricio - dijo para nadie. Una frase para complacer a sus oídos y ya.

Ahora trata de ignorar aquella noticia en la radio. Una alarma. Los humanos no deben preocuparse. Los vampiros sí deben de hacerlo. Su mente no tardó en mostrarle cómo luciría postrado en una cama, asimilando su lugar en este mundo como un simple mueble, cuyos miembros ahora carecían de conciencia para poder ser útiles, porque cada nervio que los acogía bajo la piel había muerto, al igual que los pulmones, que dejarían de retener oxígeno.

Piensa en cómo resultaría la capacidad para respirar mermada. Sentiría una presión en el pecho.

Decía que el hígado adquiría una textura de ceniza, y su capacidad se reduciría a lo mismo. El hígado de un vampiro le permitía asimilar la sangre como alimento. Las revistas científicas decían que si el hígado se dañaba el hierro podía quedar almacenado en el cuerpo, produciendo un envenemiento masivo en el estómago, lo cual se traducía como un envenamiento hipermasivo en su propia sangre.

Los humanos debían preocuparse por el VIH. Era una enfermedad horrible que no le deseaba a nadie.

Ahora existía el VIV (Virus de Inmunodeficiencia Vampírica), equivalente a un sida exclusivo para el ADN vampiro. Era peor, mucho peor. Los infectados apenas duraban un año de vida una vez que el síndrome comenzaba a desplegarse por el organismo.

Un intercambio cínico de fluidos genitales basta para tener aquel demonio en el cuerpo. Pero sus vías para pasar de un ser a otro están más diversificadas. Un beso que comparta lengua te contagiara en cuestión de segundos. La concentración en la saliva es de un 89 por ciento. La concentración en el semen es 98, y la sangre posee un porcentaje cerrado, certero y contundente. No hay espacios vacíos. Cada celúla que

porte tu cuerpo está infectada. Y cada celúla que genere lo estará igual.

No había cura.

Venustiano se tarda en decidir qué haría teniendo situación tal. Al parecer la protección bastaba. Un condón, ya sea masculino o femenino. Había pastillas que podían matar al virus antes de que gestara pero debían tomarse cinco minutos después del contagio; un bastardo segundo de más y el destino ya tenía una idea clara de ti. Era idiota. ¿Quién demonios se fija de eso? No era bueno tomarlas seguido.

Las pastillas podían producir tal acidez en el estómago que lo dejaría en carne viva, y luego se iría directo al intestino delgado, que haría orinar navajas, carbón ardiendo, alcohol y sangre oscura a quien sea que se pasara de las dosis que el doctor recomendaba.

Incluso la caja lo dice con letras rojas y blancas. Tomar una cada tercer día. Si hay acostón.

Eran caras. Muy caras. Lo sorprendete resultaba ser que siendo un arma de dos caños invertidos, la vendieran sin receta. Incluso los drogadictos mortales carentes de ADN vampiro resistente a tanta mierda solían comprarlo. Parecía ser que les producía efectos similares a los antipsicóticos. Sabía que había personas que tenían amigos vampiros que las compraban para ellos, ya sean humanos normales u otro de criaturas o gente especial: brujas europeas, nahuales, uay chivos de closet, licántropos, etc.

Resulta chistoso que los vampiros sean los que más bajos recursos poseen.

Venustiano trata de ignorar el asunto. Desgraciadamente, cuando el fatalismo parece ser un simple par de zapatos o el desayuno matutino de cada día, es difícil hacerlo a un lado de la rutina. Era horrible. Peor todavía, que la costumbre involuntaria prenda una mecha que ya no va apargarse hasta que le falte poco para llegar a la pólvora contenida. Nunca había podido acortar el trayecto del fuego lejos de la bomba. Le costaba trabajo. Era difícil. Por suerte tenía suficiente sexo como para olvidarlo.

Capítulo 4

El sol se va. Cada célula de Venustiano parece ser un esteroide latente. La rigidez se ha ido. Emana elasticidad y presión ardiente en cada músculo que contrae. Dobla el cuello para sentir el piquete de motricidad recuperada que siente cada noche recién nacida.

Se sentía mejor, claro.

Se toma el pulso del cuello con los dedos. Todo parece correr normal. El corazón late con normalidad. Debe estar seguro de que su cuerpo funciona perfectamente cuando debe funcionar perfectamente. En el día es frágil, es normal que se sienta agotado. Pero la noche para él es la cocaína que pica la nariz de un drogadicto. Sería raro sentirse raro. Un vampiro solamente experimenta cambios sustanciales en su cuerpo luego de los setenta años. Venustiano apenas tenía cuarenta y cinco y la cara de un veinteañero.

Todo parece normal excepto por un ligero enrojecimiento en los ojos.

Tomó un taxi. Piensa en Boyerte, nombre tan extraño como el bar bautizado con dicho apellido, y poco menos extraño que la ciudad que lo acobija en sus intestinos. Una vuelta de ciento cincuenta pesos. Apenas un cuarto de lo traía en el bolsillo. Ni tarjeta de identificación ni tarjeta de crédito. Temor a los asaltantes. Al igual que los zombis embelesados de matiz hollywodesco, uno no es problema, pero cuando llegan en hordas la balanza se siente ligera de tu lado.

A través de la ventana de transparencia opaca, ve toda la negrura maldita de una ciudad maldita y extasiada. Era divertido que muchos, tanto gringos como latinos le llamaban "La Mérida Negra", tan pequeña como la blaca, aunque un poco más agitada. Uno puede pensar en un coctel donde un sorbete revuelve a Monterrey, el D.F., Baja California, Cancún y Piedras Negras. Ahora ese coctél embriaga cada año a miles de turistas y miles de mexicanos.

Entre la negrura brilla un poco de neón. Brillan luces de establecimientos que prometen sexo y drogas por un tal cantidad de dólares estadounidenses o canadienses, peso mexicano, venezolano, colombiano, soles, reales, hay estaciones para cambiar lo que traigas.

La ventana opaca le muestra prostitutas humanas, comunes y corrientes, y entre las que aparentan tal perfil, estaba seguro que había brujas o incluso mujeres-lobo. Lo raro era ver vampiras prostitutas. Parecía ser que creían que les quitaba el prestigio. Una bajeza. Reputación dañada. Hibridas o puras, ignoraban que daba igual. Venustiano conoce a varias que son mujerzuelas gratis. Dos le habían chupado el pene hacía apenas

un mes. Prostitutas que no querían ser llamadas como tales, quizá.

Culos en minifalda, en fila, viendo a la calle, todas sonreían. Lanzaban besos a los autos. Sabía que muchas eran bisexuales o cuando menos heteroflexibles, el hambre es el hambre. Mujer u hombre que pasara junto a ellas sabría lo que conlleva ser el centro de atención. Quieren tu pito y cartera, o tu coño y lo mismo. Muchas te acarician el abdomen e incluso reducen el escote a cero para servirte en un buffet de pezones apretables que degraban sus tonos desde el marrón hasta el rosado.

Diversas formas, diversos tamaños.

Luego, Venustiano pasa por una zona similar sólo que cundida de hombres cuya escala podía medirse desde heteroflexibles hasta los que no sentirían ni un misil nuclear atravesarles el recto. Varios llevaban vestidos rosas y verdes, cuya sensualidad se podría debido a que eran rellenados con pectorales de acero carentes de propiedades maternales en lugar de senos tiernos. Curiosamente, abundaban los vampiros varones dentro de ese círculo de hombres modernos.

Venustiano le pide al taxista desviarse por otro lado. Precacia se extiende hasta llegar al bar.

Paga con propina. Entra. El ambiente le brinda el ya conocido panorama de personas y criaturas bailando, platicando, ofreciendo sexo, fornicando, y pereciendo en la copa amarga. El bar carecía de la esencia a trago barato y orina disipada en el aire de sus homologos dentro de Precacia. Olía a incienso y a fósforo. Por veinte pesos, Mariana, la de barra, te acercaba un aromatizante que despedía un quimico que imitaba limones y uvas. Valía la pena. Duraba poco más de una hora.

Mujerzuelas y pendejos de diversos tipos de ADN. En un mismo lugar.

Reconoce a dos tipos que se ve que son norteamericanos. Pensará que son unos pinches gringos. Un grupo de borrachos (humanos todos aparantemente) con la piel de la blanca cuna sagrada y vello facial anaranjado hablaban en un idioma que asemejaba a fonemas europeos.

Escucha palabras que asemejan balbuceos articulados con elegancia autóctona. Le suena el idioma porque adora las películas hechas con guiones que lo portan. Un hermoso francés. Venustiano gira la cabeza y ve a tres señoritas de almas caucásicas hablando en una mesa en parisino.

Venustiano las contempla. Son la medicina para cualquier ciego. Bellezas brillantes, dos cabelleras rubias y una negra. Pecas marrones decoran la tez de una de las rubias. Sonríen, ríen. La de pelo oscuro tiene los dientes un poco chuecos, se ve chistosa. Beben cerveza alemana oscura. Una de

las rubias le sonríe a la otra rubia. La Negra pide su atención, chasquea los dedos y, tal cual un encendedor lleno, una llama azulada que despliega unos destellos naranjas minúsculos queda paralizada en su palma.

Rubia y Otra Rubia sólo se ríen mientras ven la flama danzando sobre su propio eje dentro de los dedos de la Negra, quien despliega la llama recién nacida para deshacerla sin más. Venustiano se siente excitado con el acto.

Parece ser que ya lo pensó. La francesita de pelo negro.

Trata de ignorar el hecho de que en Francia hay una epidemia de ladillas. Confía en que está limpia. No es quien para juzgar. En México apenas se recuperaban de la epidemia de VIH y sífilis de hace apenas un año. Le fue peor al sur.

Siente un poco de miedo de que su ansiedad le gane, pero la ha superado antes y podrá hacerlo de nuevo. Podría quedarse anclado con lo de las ladillas, o con la posibilidad de contaminarse con el VIV, aunque no se da en humanos ni en brujas.

Contempla a la de cabellera negra.

Le pide a Mariana que le invite un trago a la chica.

Capítulo 5

-Eres preciosa - eso era lo único que le repetía a la francesa mientras la acercaba a él.

Olía a plástico quemado en el asiento trasero del taxi, pero podía sobornarse a las fosas nasales con la ternura y delicia que brindaban los labios de la francesa, labios pintados con fragilidad, brillo y un sabor a fresa algo amargo.

Venustiano repitió el mantra a los oídos de la chica, quien no dejaba de besarlo.

Se le retribuía el gesto. Venustiano era tan breve como podía al rozar sus labios contra la extranjera de pelo negro, quien tuvo la descencia de avisarle a sus amigas que las vería al día siguiente, y ellas no tuvieron inconveniente, pues saben que un vampiro no sería gran rival para una bruja.

Venustiano besa con los colmillos el cuello de ella. Lo acaricia con la letalidad de la blancura opaca de su dentadura. Ella siente cosquillas, y Venustiano puede sentir cómo le vibra el cuerpo y que los genitales tiemblan hasta humedecerse un poco de seguro.

El espejo retrovisor tiene un espectáculo gratuito que ayuda al taxista a recordarle los gajes del oficio de conducir el día entero hacia destinos a veces banales, a veces sépticos, a veces absorbentes. Aunque siempre rutinarios.

Van a un motel. El mismo que conoce Ana. Se llama El Yeti, y su nombre se presume ante un letrero acribillado de neón parpadeante en tonos fríos que pesan poco pero ofrecen mucho. Venustiano conoce muy bien el motel. El motel conoce muy bien a Venustiano. Pagó un cuarto. No tiene uno preferido, cualquiera que esté libre funciona.

-Vamos - le dice la francesa en español casi vernáculo sin serlo. El acento parisino está ausente.

El cuarto se ilumina con una iluminación amarilla que asemeja orines turbios, y presume sólo una cama de índole matrimonial y una tele. La francesa jala el brazo de de Venustiano con una gracia adolescente que no ha muerto en su persona.

Venustiano la mira y la toma por la cintura, permitiendo a su nariz a cercarse al cuello para olfatear una esencia acogedora, casi dulce, que le hincha el pene, y pareciera que la bragueta está apunto de reventar. Poca duda habría al ver a la francesa acariciando el pene erecto enfundado en

la mezclilla y los boxers grises que lleva. Le abre la bragueta, ansiosa, excitada al sentir la mano del vampiro presionando sus pechos suaves, delineados con maestría excelsa por los genes, mientras siguen besándose.

-Vamos, quítatelos - le dice la francesa.

Sus actos pueden parecer mejor respuesta que las palabras. Se quita la playera y el pantalón. Desliza la blusa de la francesa sólo para ver que no tiene brassier y sus pezones estan erectos. Se abalanza sobre ella. La besa tanto como puede en la cara y los pechos.

-Eres hermosa - le dice, acariciando un pezón algo moreno con un colmillo.

-Vamos, vamos.

Se miran, se desean. Un enrojecido tono rubí se crea en las pupilas de Venustiano. Dos diamantes reflejando una sangrienta luz roja y con minusculas y cenceñas lombrices venosas palpitando en su ojos. La francesa sólo se excita más cuando le presume sus colmillos.

La chica no se queda atrás. Sus ojos han abandonado cualquier espacio en blanco para exhibir un absoluto color negro entre los párpados. Ella sonríe. El sonríe. Se besan. No se aman. Eso lo vuelve fácil todo el tiempo. Sin amor.

Venustiano besa, muerde, disfruta y la noche es una perra que obedece sus órdenes. Saborea, gime.

Algo le cruza por la cabeza mientras su lengua hace lo suyo. Un eco, silencioso, no menos certero por ello, lo azota, lo impregna. En el cerebro, en la espina, en el pecho. Sabe a qué se debe, y realmente esperaba no tener que combatir con eso, se le olvida rápido luego de una noche de sexo. Perturbado, así se siente. De pronto, la carrera en la cama parece haber ralentizado su ritmo. Poco a poco se pierde. La piel de la chica ya no siente los besos y las caricias de lengua.

-Passe quelque chose? - dice ella, recuperando su blancura ocular, disipando aquel lago negro que se perdía entre los párpados como un líquido.

No se da cuenta, pero se ha detenido. Venustiano abandonó la imagen de la francesa para perderla entre un punto vacío en el cuarto, mirando nada, recuperando también la apariencia habituada al día al día lejos de la excitación. Respira lentamente. Ve a la chica y no sabe qué pensar.

-¿Qué te pasa?

Él no responde. Sólo la mira con aquella extrañeza del virgen que ya no sabe cómo continuar con la mujer luego de haberse visto la erección. Aquí el problema yacía en que Venustiano la ha perdido. Tiene un resorte por pene.

-Oye, chico, ¿te ocurre algo? ¿Vamos a coger o no?

Ahora, sólo tiene una idea en la cabeza. ¿Qué contestarle a la chica? No puede decirle. No quiere hacerlo. Intenta olvidar la idea, intenta que funcione, pero su pene mantiene una necia flaccidez, una serpiente carnosa y recubierta por una punta arrugada dormida.

El fuego parece haberse estinguido rápido dentro de aquella habitación.

-¿Ya se te va a parar? - le pregunta la chica, aun con los senos expuestos.

La voz de la parisina se oye irritada, y en un perfecto español que ha sido practicado por varios años.

En esa voz, Venustiano puede sentir una frustación que no se olvidará en un buen rato en su viaje de regreso a Europa, mientras le platicaba a los dos rubias que no se le paró la verga y arruinó una noche de sexo aparentemente segura. No sabía cuál era el quivalente de verga en francés.

-¿Sabes qué? - dice, mientras se levanta, y se pone la ropa. - Olvídalo. Si no se te para esa chingadera, yo estoy de sobra aquí.

Ya se ha vestido. Todos sus pertenencias con ella. Abre la puerta.

-Es una lástima, parece ser que eso de que los mexicanos son unos calientes era una mentira. Se están volviendo unos putos.

Cierra la puerta con la fuerza de la frustación de un líbido demolido de golpe.

Venustiano se queda en la cama, con los ojos de un perro al que no han alimentado en días. La francesa era hermosa, era preciosa, mujeres así conoce demasiadas. Consuelos, delicias, bellezas que le alegran la noche. Sus perturbaciones mentales escapan por unas horas, y la noche es suya. Una rutina. Combinación sin horarios de costumbres. Comunes, repetitivas. Cuando algo se repite, ¿qué pasa? Suspende la pregunta entre el aire pesado de la habitación y la decepción de su hombría.

Las cosas que se repiten aburren a la larga.

Tanta vagina puede llegar a cansar.

Capítulo 6

Coños depilados que imploran por una pasada de lengua ansiosa de suavidad carnal. Senos hinchados carentes de naturalidad son apretados por las manos femeninas de sus portadoras. Piel bronceada rozando piel pálida, en un festín de carnes y besos lésbicos. Sólo la mitad de esto es mostrado en la laptop de Venustiano, sentado en su comedor con su serpiente carnosa entre las piernas al aire, dormida, apenas móvil.

Se restriega la cara. Los bufidos de su boca se traducen en producto de una ansiedad que muy probablemente no lo dejó dormir anoche. Cada centímetro de su rostro indica angustia, mientras contempla su pito y se juega, tratando de espantar aquella laxitud.

-Vamos, por favor, maldito, ¡acuérdate! ¡Acuérdate de cómo se sentía! - dice, acariciando a la serpiente.

La estira y la menea. No funciona ¿Será físico? Podría ser ¿Enfermedad? Quizá.

Piensa en los círculos viciosos que se forman cíclicamente en su cabeza cada cierto tiempo.

Hoy es uno. Mierda. Contempla el porno en la pantalla. Suele prenderlo. Eso es lo normal en su persona. Cada fetiche y parafilia dentro del cerebro, todo lo que presiona el botón para que la sangre se acumule donde debe hacerlo, estaba impregnado en esa laptop, desplegando perversión y deliciosidad. Venustiano reaccionaba con eso, ni siquiera dudaba de si su pene estaría rígido o no. Solía volverse de piedra al instante. Ahora es una labor que se antoja imposible.

-No te aburras, chico, no te aburras, por favor - casi suplica. Patético. Rogándole a su propio pene.

Tanta vagina aburre. Tanto sexo aburre. ¿Sólo el heterosexual? El cuerpo se adapta a todo en el trayecto, pasando factura o recibo. Un drogadicto comienza a aburrise de la pequeñez de los gramos. El violador o el asesino en serie entienden que las fantasías son un puñado de calmantes que pronto exigirán más consumo, exigirán más. Exigirán otra cosa. Y tal puñado nunca más hará efecto. Ahora, Venustiano tiene los placeres de su vida dentro de esa laptop, y apenas siente algo.

Los latidos de su corazón palpitan entre el ritmo poco acompasado que pertenece a un principiante tocando el tambor. Frío y vergüenza es lo que suda en esa mañana cálida, donde la debilidad nata del horario matutino parece importarle casi nada en estos momentos.

Aún con los entumecimientos, su herramienta siempre funciona. Incluso con los espasmos, y la falta de flexibilidad, su líbido apenas baja. No puede dejar de sentir que ya ninguna mujer podrá volver a satisfacerlo. No puede evitar pensar que ninguna mujer será satisfacida por él. ¿Se ha aburrido? Ana lo dijo. Parecía vagamente posible. ¿Volverse joto? Eso último no fue de ayuda. ¿Tan siquiera es posible? Los maricones son maricones desde niños ¿o no? Se supone que no se pega ni nada.

Se siente aturdido. Le duelen los brazos. Frota los ojos. Juguetea con sus colmillos.

Teme por un mañana sin mujeres. Teme por un líbido destruido e irreparable. Teme por una pseudoeternidad con tal debilitamiento, con tal insensibilidad peneana. Teme por ser un maldito fracaso como hombre. Teme por... el aburrimiento.

Apaga la computadora. No le sirve de nada.

-Puta madre - dice, mientras permite a su rostro descansar sobre la palma de su mano, sosteniendo el desconcierto que lo ha invadido entre los dedos.

Toma una botella de sangre entera. Prefiere no comer. Hace lagartijas. Su abdomen se vuelve una lámina de acero. Chispas de dolor revientan y comprimen los músculos de los brazos y las piernas. Levanta pesas, y el sentimiento del conflicto es más fuerte ahora. Apenas puede darse el lujo de contar las repeticiones. Sólo una intención robótica sigue con la tarea, y no siente el cansancio sino hasta unas ochenta repeticiones posteriores.

Se acuesta en el sofá.

Capítulo 7

La noche lo visita. La recibe con gusto. Apenas siente que puede darle un beso. Sigue preocupado.

Hace un hora volvió a intentarlo y nada de utilidad encontró en ello. La carne seguía inerte, la sostuvo y frotó entre sus dedos. Sentía el tacto, aunque el líbido ya no era gasolina al tacto de un cerillo con la cabeza en llamas. No comió nada ni tomó sus vitaminas en todo el día.

Ahora, el sol se ha ido a dormir a una cueva, y él lo maldice, sólo porque sí.

Lo piensa con cuidado. Maldice a Ana, porque ella lo maldijo primero; pues si su boca se hubiera quedado sellada esto no estaría sucediendo; su atención no se centra en las estrellas fuera de su hogar, se centra en lo podría significar la inutilidad de su elemento. ¿De qué va a servirle una noche en Precacia si no es capaz de desatar su hombría como es debido? De portar una enfermedad, es inservible cualquier esperanza.

Venustiano se frota el pene otra vez. Culos caucásicos, culos morenos, tetas y pezones erectos.

El resultado no varía desde anoche.

Abre su computadora. Las mismas páginas surgen. Porno en cada extensión de la pantalla. Anuncios de viagra y métodos para alargar el pito brillan a lado de la vista que emana sexo. Venustiano ve a un enorme pene sostenido por una mano morena. El pito es un mazo enorme, podría ser un hacha de combate compartida entre gladiadores. No puede evitar verla. Y antes de darse cuenta, no puede evitar sentir un cosquilleo. Y ya no sabe, ya no piensa con claridad. Pudiera estarle gustando.

Cierra la laptop con violencia. Se lleva la mano a la boca. Siente el corazó palpitando fuerte.

Capítulo 8

Su atuendo parece el de un ángel albino. El rostro porta arrugas cinceladas, deben llevar ahí unas pocas décadas. El doctor no parecía llevar más de cuarenta años encima. La cabeza está rapada. Apenas hay un sombra de vello facial entre oreja y oreja.

Venustiano se sube los pantalones luego de que el doctor viera su pene.

-Parece sano. Coloración normal. No veo nada de que preocuparse.

-¿Seguro, doctor?

-Completamente. No hay ninguna llaga, ninguna hematoma, ningún moretón.

-¿Y no podría ser alguna enfermedad neurológica?

-Lo dudo, pero para eso se necesitan más estudios si lo que quiere es estar seguro.

Venustiano se sienta en una silla, mientras observa al doctor tomando asiento detrás de un escritorio negro que lleva por adorno la fotografía de él mismo junto a una mujer de pelo largo hemrosa y de un vigor envidiable entre humanos y criaturas.

-Dime tu edad, por favor - dice el doctor.

-Cuarenta y cinco.

-Te ves de veinte, ¿no eres humano, cierto?

-Vampiro - trata de ser tan lacónico como puede.

-¿Europeo o mexicano?

-Ambos. Mis abuelos son alemanes, mi mamá es mexicana.

-Ok - dice, abriendo su libreta, sin apuntar nada. - Bueno, Venustiano, yo no veo nada de malo en ti. Debo reconocer que no tengo tanta experiencia con vampiros, es raro verlos en mi consultorio, de hecho, y que yo sepa es muy infrecuente que tengan problemas como el tuyo.

-¿Disfunción erectil?

-Exacto. Mira, yo estoy casi seguro de que es psicológico. Debes tener alguna preocupación o algún problema pendiente y eso te está

estresando, lo cual daría explicación a tu problema.

Venustiano mira al doctor. Mira el consultorio blanco, de estrechez sofocante, dando la ilusión de un manicomio. El médico le sostiene la mirada. Ni siquiera le hizo pruebas de temperatura, no midió el ritmo de su corazón. Casi todos los vampiros parecían tener taquicardia, pero eran tan normales como en los humanos el sudor al calor de un día cruel. no era la misma fisiologia. Quizá, el doctor apenas sabía lo que hacía al tener a un vampiro ahí con él.

-Entonces, ¿no es seguro que sea algo del sistema nervioso?

El doctor se sorbe los labios y desvía la mirada. Escribe algo, ¿qué cosa? quien sabe?

-Es muy raro que se desarrolle una enfermedad así en ustedes. No es propio de los vampiros desarrollar males autoinmunes ni nada. Pero le repito, si desea una mayor certeza, le voy a tener que pedir que haga se haga estudios.

Insistente, nervioso, así se encuentra Venustiano.

-Pero, doctor, ¿usted cree que se trate de una enfermedad grave?

El médico lanza un soplido.

-No, señor, ya le dije que no lo creo, por lo general las enfermedades de esa clase empiezan en otras partes del cuerpo, como las piernas o los brazos. Por favor, no se asuste, de momento, quédese tranquilo. No cumple con muchos síntomas de una persona que tenga problemas de salud ni nada, de hecho se veía con bastante energía ahorita que vino. Insisto, es psicológico, trate de relajarse, trate de tomárselo con calma.

Venustiano se pierde entre el color blanco del lugar y sus propios pensamientos, casi rasbaladizos ante las palabras del hombre de medicina enfrente de él. Siente que le duelen los ojos, y pareciera ser que lo que significa un amanecer no ha desaparecido de su cuerpo. La noche no lo ayuda.

Mira al hombre. Duda. Tantas preguntas que son moscas sobre su cabeza, un nido certero e inagotable de avispas, quizá. ¿Por dónde empezar?

-Doctor... - Venustiano empieza, con un aire de apocamiento - Tengo... tengo algo que comentarle.

El doctor mira a su paciente, con la seriedad de un hombre de cuarenta.

-Mire, yo siempre he sido un poco... - titubea, se pierde entre el aire -

...hipocondriaco, por así decirlo. Me es muy difícil no enterarme de una enfermedad o de un trastorno y a veces llego a sugestionarme un poco. No sólo con eso, también con ciertas ideas, ciertos males o cosas que podrían suceder que no quiero que sucedan - traga aire, lo vomita, su pecho se siente presionado - Lo que más me perturba es estar volviéndome gay - la mirada del doctor se mantiene, pero uno no puede deducir qué piensa - No tengo nada en contra de los putos, pero su estilo de... - apenas se le ocurre un eufemismo apropiado - su forma de coger no me interesa, no me gustan los hombres, o bueno, no que yo sepa... Escuche, yo suelo coger mucho, cojo un chingo de hecho, sólo con mujeres, humanas o hechiceras, a veces con mujeres-vampiro, pero bueno... Cada tanto tengo un acostón y con esto de que me asusto con facilidad llegué a enterarme de que es posible que uno se vuelva maricón si coge demasiado, que tanta vagina puede aburrir, ese tipo de cosas. No dejo de pensar que me voy a volver maricón, y de hecho tengo miedo de que esto se deba a que empiezan agustarme los hombres. Usted que es de los que saben, dígame, si o no que es cierto que uno sabe que es puto desde que es niño, digo, hasta donde sé Elton John sabía que le gustaba la verga desde niño, yo jamás llegué a sentir algo así por ningún varón, y no lo siento ahora... o bueno, no lo sé, no hasta donde sé, pero no quiero hacerlo, no quiero ser puto, y le digo, no tengo nada contra los putos, sólo que me da asco lo que hacen, no es lo que yo quiero para mí. Ok, debo confesar que una forma que tengo de ganar dinero extra, bastant,e por cierto, es mandar videos de mi desnudo a un maricón que creo que es doctor o algo así, pero el cabrón tiene dinero. Lo conocí en un bar, uno hetero, no piense otra cosa, no soy puto reprimido; en fin, se me insinuó y lo rechacé, luego me lanzó la oferta de mandarle fotos desnudo y que él me depositaría dinero cada cierto tiempo, dependiendo de la calidad del video; no se me hizo mala la idea y acepté, pero todo fue por dinero, nunca sentí nada por él, sólo fueron negocios. A lo quiero ir es, si cojo tanto, ¿puedo volverme joto, doctor?

El hombre lo mira, los párpados los tiene casi caídos, y una expresión imperturbable. Entonces, habla.

-Me estás chingando, ¿verdad?

Capítulo 9

Visita el exterior de la noche, sentado sobre el techo de su apartamento, víctima de las estrellas y la contundencia de una oscuridad sin nubes, desnudando a la luna en una faceta que la convierte en la uña mal cortada de un dedo.

Mira al cielo, en una mirada que parece querer rezar. Y no debe escatimar en setirse patético. Un vampiro suplicando por no volverse gay y por no enfermarse. Una comedia de mala calidad en cualquier guía de televisión. Un pene de durabilidad cuestionable es lo que lo mantiene despierto y con ausencia de sueño. Joven y deseando no dejar de ser vigoroso. Esa maldita frase. Aquello que dijo Ana. Antes dudaba que fuera posible, ahora duda de que no lo sea.

Mujeres por montones ahí afuera.

Hombres por montones ahí afuera.

Se imagina a esos trasvestidos de dudoso uso de razón, vistiendo prendas que no les pertenecen a su anatomía aparentemente errada ante ellos. Siente que su pene comienza a tener un cosquilleo. No se pone tieso, no despierta, pero hay reacción. Su corazón martillea.

-Puta madre, no, ¡por favor! - dice para sí mismo, poniéndose de pie y rogándole a una luna diluida que por favor lo mantenga heterosexual. Al carajo Anne Rice y los millenials putos, un vampiro no tiene porque ser homosexual. Piensa en los malditos europeos y su comunidad pro LGBT o cómo sea que vaya el abecedario que tienen por nombre.

Casi quiere llorar.

Capítulo 10

Transcurrió una semana. La noche se volvió tan ominosa como el día, que ahora era más sofocante y abrasaba al mundo con mayor fiereza, cruel y certero, sin piedad por ningún alma , caritativa o no, ni por quien crea en ellas. No hubo mujeres en todo ese tiempo.

La noche se registraba con mayor malicia, penetrando al mundo con una luna en forma de uña y recordándole a Venustiano que pudo haber perdido algo para siempre, y quizá era el ser más patético dentro de este país corrupto, violento y predador, con pocas probabilidades de ser otra cosa, algún día, en algún futuro con siglos de diferencia. Y ahora, gente imaginaria se ríe de él, por ser un fracaso de hombre y por no poder sobreponerse a tal situación.

El teléfono estaba empachado de los mensajes y llamadas de Ana. No quería verla.

Ahora, el crepúsculo extingue a paso lento su tiempo de vida y acompaña a Venustiano en su tristeza.

El vampiro reposa semidesnudo, vistiendo nada más que un pantalón, sobre su sofá. Su dilema resuena con la misma melodía de la enfermedad guardada en los genes. Mira al techo, y en éste puede sentir un abismo del diámetro de un solitario océano melancólico.

Suena su celular, ve un mensaje de texto escrito en él.

ME GUSTA LO QUE MANDASTE.
AUNQUE QUISIERA VER MÁS LA PRÓXIMA VEZ.
NO PARECÍAS MUY INSPIRADO.
Saludos.

Mauricio, ese puto. Y ya ni siquiera estaba seguro de creer que no significa nada. ¿Era maricón por vender su intimidad a otro hombre? Todo se traducía en dinero, nunca en placer, al menos no uno recíproco, a Venustiano sólo le agradaba ganar billetes.

El corazón le palpita y saber que posee una cuenta de casi veinte mil pesos en un banco acusado de corrupción hace pocos meses no parece estar siendo una buena compensación por lo que ocurre entre sus entrañas y sus neuronas suplicantes por una solución que se vista de divinidad. La mayoría de sus fibrar nerviosas se sienten estrechas, la maldición que carga con el sol por lo general, y ahora, esa maldición se fortalece, inmovilizando sus nervios poco cooperativos.

El mañana lo sentía oscuro, un mañana que el abismo en el techo podía

devorar sin esfuerzo.

Tantos años podían pasar para un vampiro. Demasiados años.

La puerta suena, sin timbre, sólo resiente tres pequeños golpes. Ninguna imagen viene a su cabeza, ningún asunto pendiente le crispa exceptuando el actual.

Se levanta y abre.

En el umbral, la belleza lleva un atuendo de carne caucásica.

-Hola, Venustiano.

-Hola, Ana.

Ella se sentó en un sillón, mientras veía a Venustiano en el sofá, echado y con los pies subidos. Se saludaron y siguieron formalismos, todo con tanta informalidad como fuera posible. Había cosas que decir sin duda.

-Has estado muy desaparecido en estos días, Venni - dice Ana soltando palabras acompañadas de una sonrisa que se presiente meliflua, casi perniciosa también. - Mis llamadas no las contestaste.

Venustiano la mira, manteniendo la gelidez en el rostro, ni una sola facción expresa algo.

-No he estado muy bien ultimamente - dice, mirando al techo como si Ana estuviera ahí.

-Ya veo. ¿Qué pasa, entonces?

-No creo que lo entiendas.

-En nombre de Dios, Venni, ya es un chiste muy viejo ese, incluso en las películas se burlan. Hablar va a ayudarte, vamos.

Sus ojos no abandonan el techo, e incluso con la noche prematura, su alma ya no se siente inmarcesible. Saca la lengua y la tuerce, arriba y abajo, y hay una clara carencia de motivo real en tal acto, eceptuando quizá un tic acorde al agitado cerebro del vampiro.

-No sé, Ana.

-No sabes, ¿qué? ¿No sabes qué te pasa?

-No, no sé que me pasa.

-No fue una pregunta real, Venni. Sabes a la perfección qué te ocurre pero temes hablar de ello.

Ahora, hay contacto visual de ambos. Venustiano mira a Ana, y trata de que las pupilas enrojecidas de dormir poco digan todo con detenimiento y ya es claro que no ocurrirá. Se sienta derecho en el sofa, sin dejar de mirar a la hermosa chica que despide vainilla del cuello y el pecho.

-¿Tiene que ver con tus chingados traumas? - burlona. Ya parece más su acento que su tono.

-En cierta forma - dice Venustiano.

-Cuenta, entonces.

-Te vas a reír.

-Yo también lo creo, pero nunca está de más intentar.

Su pecho se siente pesado. Los momentos decisivos para hablar. Piensa en Ana y su belleza que parece de una galaxia lejana, obligada a habitar en este planeta por ser demasiado pura para las estrellas muriendo allá arriba. Pensó en el hipnotismo y de cómo ella no necesitaba de un reloj jugando al péndulo para que un cerebro experimentara un trance tan profundo como ella lo deseara. ¿Si quiera se daba cuenta que lo hacía?

Venustiano quería hablar. Venustiano realmente quería hablar.

-En estos días... - comienza - ... me asola una idea... no muy agradable. Algo que dijiste la última vez que nos vimos.

Ella abre más los ojos mientras su sonrisa infantil sigue pícara entre sus labios.

-¿Yo? ¿Qué dije?

Venustiano toma aire.

-Aquello de que... pudiera volverme puto si cogía demasiado con mujeres.

La sonrisa descansa. La serenidad aparece en el rostro de la chica. No luce tan divertida.

-¿Perdón?

-Tú sabes. Eso de que uno puede volverse puto si se aburre de las vaginas y eso. Le dije a un doctor la situación y sólo se rio en mi cara y ya no supe

qué más hacer y no puedo sacarme de la cabeza todo lo que pudiera significar lo que dijiste y yo... - se detiene, aprieta los párpados - . Mira, estoy experimentando disfunción erectil debido a la ansiedad, ¿ok? Ese es el principal problema. Y tengo miedo de que mi pene comience a reaccionar con los hombres. Además, también tengo miedo de que se deba a alguna posible enfermedad física. El doctor me dijo que no lo creía pero ya no sé.

La cabeza de Ana está inclinada, mirando a Venustiano. Luce sin ganas de volver a sonreír.

-¿Dices que tienes miedo de ser gay? - dice Ana, con la intención de que pueda notar molestia entre sílabas.

-Así es. Creo que estoy tan sugestionado que mi pene se niega a reaccionar. Tengo de miedo no volver a sentir nada por las mujeres. Tengo miedo de aburrirme. Tengo miedo de ser maricón.

Ana muerde su labio superior y éste desaparece entre los dientes de la quijada. Cualquier intención de ser graciosa se esfumó. Se quita los mechones de cabello que interfieren con su visión y mira fijamente a Venustiano, quien presiente la visita del fantasma de su madre dentro del apartamento al mirar a Ana.

-¿Sabes algo? - dice Ana - Es curioso que todos los hombres por lo general compiten, no por ver quién se coge más chicas, ni por ver quién la tiene más larga, sino por ver quién puede ser más pinche homofóbico.

Venustiano entrecierra los ojos. No comprende muy bien.

-¿Perdón?

Ana cruza las piernas.

-Mira, Venustiano, siento que te mereces que me burle de ti en tu cara, de lo cual me contuve cuando me contaste tu problema, y lo cierto es que ahora pienso que debería llorar, porque no puede existir alguien tan patético e inseguro como para que salga con esa pendejada, ¿sabes?

-No te entiendo.

-Lo que te dije fue solamente una broma. No lo dije en serio, ¿ok? Francamente dudo que sea posible eso, así que deberías de relajarte. Y también creo que deberías ser menos despectivo con los homosexuales. Que no uses la palabra "puto" o "maricón" no va a matarte.

-Pero, ¿qué tiene?

-No es agradable para una mujer tener que escuchar epitetos tan desagradables como esos, ¿ok? No tienes derecho de menospreciarlos así.

-No los menosprecio, sólo les llamo "putos". No soy homofóbico. Pero ese ni siquiera era el tema.

-Ese es el punto, Venustiano. Tus temores nacen de inseguridades muy profundas y a veces siento que hasta injustificadas. Le tienes tanto desagrado a los homosexuales que tu forma de pensar ya te está jugando malas pasadas.

-¿Me estás dando una jodida plática pro-gay? Ya te desviaste demasiado del tema, ¿cómo terminamos hablando de esto?

-Venustiano, tu no eres gay, ¿vale? No estás enfermo de nada, y realmente pienso que debes ver a un profesional.

-Sigo sin entender cómo surgió todo esto.

-Te lo voy a explicar. Tu padeces alguna clase de hipocondría, eso ya lo sé, se te nota a leguas. No sólo temes padecer alguna enfermedad, sino que también temes adquirir conductas que no consideras propias de tí.

-Eso último jamás me había pasado.

-Pasó cuando te dije lo que te dije, ¿cierto? Por una maldita broma te estás martirizando. Tienes que trabajar mucho, Venni. Mucho debes trabajar, en serio.

Venustiano se calla, no sabé cómo proseguir en un plática que tomó un curso tan desviado y profundo que puedes ver un cráter dentro de la sala. Se restriega la cara y trata de abandonar su mirada en algún punto de la habitación. Ana sigue sentada en el sillón con el cruce de piernas de la madre que le ha enseñado modales a su hijo luego de que llamó "negro" al niño negro de la clase, o "indio" al niño indio de la clase, o "maricón" al niño maricón de la clase.

-No sé, Ana. Siempre me ha dado miedo enterarme de cosas de las que no quiero enterarme. No sabría cómo tratar con ellas.

Ella se levanta, y antes de poder seguir hablando, Ana ya está justo enfrente de él, separándolos por milímetros a él y a su abdomen desnudo. Lo mira y vuelve a sonreír. Él conoce su ser rociado de vainilla y ahora parece entender lo que busca.

-Si tienes dudas, eso se cura con la comprobación - acaricia su cabello. Se agacha y rosa sus labios con los suyos. Ella recuerda que aún lo quiere.

Venustiano le devuelve el beso.

Su serpiente se ha dilatado y es una trozo ardiente de acero.

-Te amo - le dice Venustiano con la erección a punto de atravesar el pantalón.

Ambos se acuestan en el sofá y se desvisten.

FIN 1

CONTIUARÁ EN CRÓNICAS DE PRECACIA 2